

Resumen de “Breve historia contemporánea de la Argentina” (Romero)

Capítulo 1 – “1916”

Desde 1810 hasta 1880 se fueron desarrollando una serie de guerras civiles en las cuales los poderes provinciales fueron luchando entre sí y contra Buenos Aires.

Aproximadamente desde 1862, luego de la batalla de Pavón, hasta 1885, el nuevo Estado nacional fue dominando y subordinando a quienes habían desafiado su poder, asegurando para el Ejército nacional el monopolio de la fuerza.

Esto fue posible luego de una serie de sucesos: primeramente, a partir de la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870), donde el Estado argentino termina anexionándose parte del territorio paraguayo; luego, tras haber llevado una campaña de exterminio hacia los pueblos originarios, denominada “Conquista del desierto” (1878-1885), que culmina con el dominio de toda la región pampeana y la Patagonia; finalmente, con la derrota definitiva de Entre Ríos (gran rival de Buenos Aires en la conformación del Estado Argentino) y con la derrota misma de Buenos Aires, que culmina con su federalización en 1880.

Desde 1880 se configura un nuevo escenario institucional: se consolida un centro de poder fuerte representado por la figura del Presidente. Este es portador de un poder que puede ejercer sin limitaciones, pudiendo intervenir provincias y decretar estado de sitio. Esta práctica política en la que el Presidente era el único que tomaba las decisiones, minimizando la importancia del parlamento y, a veces de la Constitución, se denomina “Unicato”.

Si bien para 1880 las instituciones del Estado estaban delineadas, en muchos casos eran apenas esbozos que necesitaban ser desarrollados.

Para tal fin el Estado carecía de recursos suficientes, por lo que le fue necesario insertarse en la economía mundial estimulando una asociación económica estrecha con Gran Bretaña, en la que el Estado argentino exportaba productos primarios e importaba manufacturas. Esto en conjunto con una fluida relación financiera, en la que los bancos británicos aportaban préstamos al Estado argentino.

Ahora bien, entre 1880 y 1913, el capital británico en la Argentina creció casi veinte veces, no sólo en rubros tradicionales como comercio, bancos, préstamos al Estado, sino también en materia de préstamos hipotecarios sobre tierras, inversiones en empresas

públicas de servicios, y sobre todo en ferrocarriles.

La enorme expansión de los ferrocarriles británicos sirvió para integrar el territorio, posibilitando, junto con el sistema portuario, la expansión de la agricultura y – posteriormente- la ganadería.

Esta expansión requirió abundante mano de obra. Si bien al país ya habían llegado gran cantidad de inmigrantes, a partir de 1880 aumentaron considerablemente debido al gran crecimiento demográfico en Europa, la crisis de las economías agrarias tradicionales, la búsqueda de empleos y el abaratamiento de los transportes.

La inmigración fue estimulada a su vez desde el Estado argentino con propaganda y pasajes subsidiados.

Primeramente, los inmigrantes se concentraron en las grandes ciudades para la construcción de obras públicas y la remodelación urbana y posteriormente se volcaron masivamente al campo.

El crecimiento económico tuvo como ejes, además de la promoción de la inmigración, el estímulo de las inversiones extranjeras (al darle cuantiosos privilegios), la depreciación monetaria en pos de mejorar las exportaciones, una gran liberalidad a la hora de otorgar créditos y, particularmente, la denominada “Campaña del desierto”.

A través de esa campaña militar, el Estado incorporó grandes extensiones de tierra apta para la explotación que fueron transferidas a particulares poderosos y bien relacionados, conformando así una clase oligárquica de terratenientes que tuvieron como peculiaridad una gran flexibilidad, es decir, una capacidad de adecuarse a las condiciones económicas del momento y una fuerte conducta especulativa.

En el litoral, se inclinaron por la agricultura; donde la tierra era barata, se inclinaron por la colonización, que la valorizaba, pero cuando el valor aumentaba preferían el sistema de arrendamiento.

En Buenos Aires perduraron las grandes propiedades y la explotación del lanar hasta que, más adelante, la instalación del frigorífico hizo rentable la explotación del vacuno dedicado a la exportación. En ese entonces, las tierras se dedicaron alternativamente a cereales, forrajes y pastoreo, con lo que quedaron indisolublemente ligadas la agricultura y la ganadería.

Este comportamiento flexible permitió aprovechar al máximo la asociación con Gran Bretaña y posibilitó un gran crecimiento. Desde 1890 en adelante, el campo se llenó de chacareros y jornaleros. Se quintuplicó la producción de trigo, al cual se le agregaron el maíz y el lino. Esto convivía además con la producción de lana que paulatinamente iba a ser desplazada por la carne.

Si las ganancias de los socios externos fueron elevadas, también lo fueron las del Estado y las de los terratenientes. Esto redundó en el desarrollo y la modernización de las ciudades, en las que creció el empleo y la creación de comercios, servicios e industrias.

Al mismo tiempo, establecimientos alimentarios, textiles, talleres y la industria en general

se iba expandiendo nutriéndose en general de capitales extranjeros.

La mayor parte de estos cambios se produjo en el Litoral (ampliado con la incorporación de Córdoba), acentuando la distancia respecto al Interior, incapaz de incorporarse al mercado mundial. Aun así, deben mencionarse ciertas excepciones: la explotación de quebracho en el norte de Salta y los casos en Tucumán y Mendoza en torno a la producción de azúcar y vino, que prosperaron notablemente para abastecer a los mercados del Litoral.

La inmigración masiva y el crecimiento económico remodelaron profundamente a la sociedad argentina: Los 1,8 millones de habitantes de 1869 pasaron a 7,8 millones en 1914; en ese mismo período, la ciudad de Bs. As. pasa de 180.000 habitantes a 1,5 millones. En 1895, dos de cada tres habitantes eran extranjeros y, para 1914, la mitad de la población era extranjera.

La mayoría de los inmigrantes iba a las ciudades del centro del país, particularmente a Buenos Aires. No pasó lo mismo con el Interior, a excepción unos pocos lugares, como Mendoza.

Su condición laboral era heterogénea: iban desde jornaleros sin calificación, artesanos calificados, vendedores ambulantes, sirvientes y obreros.

De este modo, se fue conformando una sociedad nueva caracterizada por una fuerte escisión, en un doble sentido: por un lado, había una escisión en el sentido de un país modernizado (la zona pampeana) y un Interior atrasado; por otro, la nueva sociedad inmigrante se mantuvo bastante tiempo separada de las clases criollas tradicionales, quienes miraban con recelo y desprecio a los recién llegados.

Las clases altas se cerraron frente a los nuevos inmigrantes, marcando las diferencias mediante el lujo y la ostentación que mostraban en ciertos lugares públicos (ópera, Palermo, calle Florida, Jockey Club).

Asimismo, desde una perspectiva influenciada por la sociología positivista y la psicología social, los intelectuales conciben a la sociedad argentina como una sociedad enferma debido a la intromisión de cuerpos extraños (los inmigrantes).

En este sentido, estas clases se reservaron el manejo de la alta política. Si bien el sistema era republicano, las prácticas de la época y la fuerte injerencia del gobierno desalentaban a todo aquel que quisiese participar en la política.

En los niveles más bajos, todo era regido por caudillos electorales capaces de desvirtuar una "mala votación", por ejemplo, volcando padrones.

En otras palabras, el sistema descansaba sobre una escasa voluntad general ya que la participación en las elecciones era muy limitada: el voto no era secreto ni obligatorio; en algunos casos ser analfabeto era excluyente para poder votar; era necesario ser ciudadano argentino para poder hacerlo (recordemos que más de la mitad de la población era extranjera); y, por último, sólo votaba el sexo masculino.

A esto hay que sumarle el escaso interés por parte de los extranjeros de nacionalizarse y, por ende, de participar de las elecciones; cuestión que minaba aún más de credibilidad al régimen vigente.

Por otro lado, en este sistema político no había competencia entre partidos políticos alternativos y se estructuraba alrededor de un partido único, el Partido Autonomista Nacional (PAN), que era una federación de gobernadores de las provincias del Interior. A estos gobiernos conservadores del PAN que estuvieron en el poder en el período 1880-1916 se los suele denominar gobiernos de la “generación del 80” (en la medida en que todos compartían una perspectiva positivista y un optimismo creyente en el *orden* y el *progreso* de la sociedad).

En este sistema, las decisiones políticas eran tomadas por pocos hombres y no parecía necesario, en primera instancia, generar mayor consenso.

Ahora bien, el hecho de que la mayor parte de la sociedad no participara en las elecciones y el hecho de que fuera ésta un mero conjunto de identidades de lo más heterogéneas, minaba fuertemente la credibilidad del sistema.

Por ello es que desde la élite dirigente se convirtió en una preocupación principal la generación de un consenso, para lo cual era necesario ir constituyendo una ciudadanía con identidad nacional.

En esta constitución de la ciudadanía, el Estado tuvo que hacer frente a algunos competidores, como la Iglesia católica, las asociaciones de colectividades extranjeras y a los grupos políticos contestatarios, como por ejemplo, los anarquistas.

En esta línea, el Estado fue tomando una serie de medidas con el objetivo de ir moldeando a la sociedad y de quitarle poder a sus antagonistas:

- Dictó las leyes de registro civil y de matrimonio civil, asegurando así la presencia del Estado en los actos más importantes en la vida de los hombres (nacimiento, casamiento y muerte), hasta entonces regulados por la Iglesia.
- Impulsó la regulación de la higiene y la regulación del trabajo.
- Dictó la ley de servicio militar obligatorio, que colocaba a todos los hombres con mayoría de edad, en situación de ser controlados, disciplinados y argentinizados.
- Dictó la Ley 1420 en 1884, en la que se estableció la educación laica, gratuita y obligatoria. De este modo, el Estado aseguraba la alfabetización de la población, asegurando una instrucción básica común para todos los habitantes, generando pues la integración y nacionalización de los hijos de inmigrantes.

En la primera década del siglo XX, el país tuvo un gran crecimiento: Por un lado, un renovado empuje migratorio hizo que en 1914 la población alcanzara los ocho millones de habitantes. Por otro, el país llegó a ser el primer productor mundial de maíz y lino, y uno de los primeros de lana, carne vacuna y trigo.

La relación externa se fue haciendo más compleja, debido a la acrecida participación de

Francia y Alemania en el comercio y las inversiones, como así la presencia cada vez mayor de los Estados Unidos en servicios públicos, electricidad y principalmente en los frigoríficos.

Su dominio del enfriado (*chilled*) le permitió ganar posiciones en el mercado externo, llegando a controlar tres cuartas partes del comercio de carnes con Gran Bretaña, aunque estos siguieron administrando el flete y los seguros. De esta manera se fue conformando una *relación triangular* que se profundizó cuando la industria local comenzó a demandar máquinas, repuestos o petróleo, suministrados por Estados Unidos, o cuando se popularizó el uso del automóvil.

Sin embargo, este crecimiento no estuvo exento de sobresaltos: la condición de ser una economía dependiente de los países centrales se vio evidenciada cuando la economía se resintió a partir de las crisis de 1907, 1913 y los dos años de depresión que siguieron a la guerra de los Balcanes. Pero, fundamentalmente, la economía se vio sacudida a partir del estallido de la Primera Guerra Mundial (1914), que desorganizó los circuitos comerciales y financieros, retrajo las nuevas inversiones y produjo un fuerte encarecimiento de la subsistencia y dificultades en muchas industrias.

Ahora bien, a la par del crecimiento de la economía se fueron dando importantes tensiones sociales generadas por la índole oligárquica del régimen político del país, que no representaba los intereses de la mayor parte de la población, sino de una minoría acaudalada.

Incluso aparecieron fracturas dentro de las clases dominantes: ejemplo de esto fue la “Revolución del parque”, intento de golpe de Estado cívico-militar ocurrido en 1895, encabezado por la juventud universitaria.

Si bien este golpe falló, de aquí quedarán residuos que se materializarán en nuevos partidos: El Partido Socialista, fundado en 1896 por Juan B. Justo y la Unión Cívica Radical, fundado en 1891 por Leandro N. Alem.

Estos intentos revolucionarios (en los que participan todos los opositores políticos) se repetirán en reiteradas ocasiones, siendo el más relevante el de 1905 que, si bien falló, tuvo un enorme efecto propagandístico.

En el ámbito rural, en 1890 hubo una manifestación notable de los chacareros santafesinos, si bien fue aún más relevante la huelga de 1912 (“Grito de Alcorta”) protagonizada por los chacareros de la región cerealera del Litoral, reclamando mejores condiciones tanto a los terratenientes como a las comercializadoras. Este reclamo tuvo como corolario la constitución de su entidad gremial: La Federación Agraria Argentina (FAA).

Por el lado de las clases bajas urbanas, aparecieron ciertas tendencias que sirvieron para encauzar sus reclamos. En principio el anarquismo, traído por inmigrantes europeos, quienes impulsaban la huelga general y el levantamiento espontáneo como armas para llegar a su objetivo de deshacer la sociedad y volver a hacerla.

Frente a esta tendencia, el Estado mantuvo una fuerte actitud represora materializada en la ley de residencia de 1902, que autorizaba la expulsión de los inmigrantes alborotadores. Por otro lado, también surgieron como tendencias el socialismo, quienes impulsaban un reformismo que, desde dentro del sistema democrático, fuera mejorando gradualmente las condiciones de los trabajadores. Estos, si bien tuvieron un buen rendimiento en las elecciones, no lograron encauzar los reclamos de los trabajadores, quienes se inclinaron más por el sindicalismo. Los sindicalistas, si bien también impulsaban mejoras graduales en la situación de los trabajadores, se desentendían de la política y se centraban en luchas gremiales. Esta corriente, en virtud de su actitud conciliadora, consiguió la redacción, en 1904, de un Código del Trabajo por parte de Joaquín V. González (que, con todo, no fue aprobado por el Congreso), y en la creación del Departamento Nacional del Trabajo en 1907.

Sin embargo, para el centenario (1910), las tensiones sociales alcanzaron su punto máximo cuando la FORA anarquista lanza una huelga general, ferozmente reprimida por el gobierno. Estas huelgas se repetirán hasta 1912-1913.

En este clima de tensión social y, luego de los intentos revolucionarios, el radicalismo comenzó a formar su red de comités, incorporando a nuevos sectores sociales (jóvenes profesionales, médicos, comerciantes, empresarios, abogados, chacareros...). El radicalismo se centraba en los valores de la plena vigencia de la Constitución, la pureza del sufragio y una moralización de la función pública. En este sentido, abogaba la remoción total de un régimen establecido sobre la base del unicato, utilizando las armas de la abstención electoral y la condena moral.

Debido a la complejidad de la situación el viejo régimen tuvo que ceder, posibilitando, mediante la formulación en 1912 de la denominada "ley Sáenz Peña", una reforma electoral en la que se convertía al voto en secreto y obligatorio, ampliando en mucho la base electoral.

En la primer elección de 1912, si bien los partidos tradicionales se impusieron en muchas provincias, el radicalismo se impuso en Santa Fe y la Capital Federal.

En este marco, los grupos tradicionales crearon el Partido Demócrata Progresista que, bajo la figura de Lisandro de la Torre, pretendía enfrentar al candidato de la UCR, Hipólito Irigoyen. Sin embargo, a muchos conservadores (tal como ahora se los llamaba) no les satisfacía el candidato propuesto por el Partido Demócrata Progresista y propusieron como figura a Marcelino Ugarte.

Divididos los conservadores, en 1916 se imponía el candidato radical (Hipólito Irigoyen) en las elecciones presidenciales.